

GONZALO FRAGUI

EBRIERÍAS



EDITORES



EDITORES

Ebrierías

Gonzalo Fragui

Gonzalo Fraguí
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2025.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 978-980-18-6960-3
Depósito Legal: ZU2025000310

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

*Voy por el camino con mi botella y mi sombra.
Afortunadamente mi sombra no bebe.*

Omar Khayyám

*Después del primer beso y del segundo trago
Todos somos invencibles*

GF

APOLLINAIRE

Preguntaron a Apollinaire:

— ¿Qué hora es?

Y él respondió:

— Es hora de emborracharse.

OSCAR WILDE

Oscar Wilde dijo:

—Después del primer vaso, uno ve las cosas cómo le gustaría que fuesen. Después del segundo, uno incluso llega a ver cosas que no existen. Pero al otro día, uno acaba viendo las cosas tal como son.

HUMPREY BOGART

Un día le preguntaron a Humphrey Bogart por la nacionalidad, y él respondió:

— Alcohólico.

Y qué opinaba de este mundo. Dijo:

— El mundo tiene tres copas de atraso y hay que ponerse al día.

CHURCHILL

Cuando Winston Churchill cumplió ochenta años le hicieron una gran fiesta. El gobernante inglés se veía rozagante, fumaba su característico habano en forma de torpedo y tomaba abundante whisky.

Conociendo tales aficiones, alguien se atrevió a preguntarle a qué se debía tan magnífica salud, cuál era el secreto, y ahí fue cuando Churchill hizo gala de su clásico humor.

— Se debe a que nunca en mi vida he practicado ningún tipo de deporte.

ANTONIO MORA

Me encuentro con el poeta Antonio Mora y le digo que por fin conocí a Pregonero, el pueblo donde nació el poeta.

El poeta se alegra:

— ¡Qué bueno! ¿Y viste la placa que pusieron donde yo nací?

Yo le respondo que no porque no sé en qué casa nació.

— ¿Y qué dice la placa?, le pregunto.

— Dice: “Expendio de Licores N° 135”

BEBEDORES OCEÁNICOS

Los integrantes de El Techo de la Ballena, Hesnor Rivera, Hugo Batista, Adriano González León, Alfonso Montilla y Edmundo Aray, entre otros, bebieron asiduamente en un bar de San Bernardino, en Caracas, llamado “El Pacífico” pero cerraba a las 12 de la noche. Entonces Adriano decía:

— Camaradas, no nos queda otra alternativa que pasar el Canal de Panamá.

Todos comprendían que debían irse a otro bar que quedaba como a cuatro cuadras de allí llamado “El Atlántico”.

Por eso se hacían llamar “Bebedores oceánicos”.

PANCHO MASIANI Y EUGENE IONESCO

Una noche el escritor venezolano Francisco Masiani conversaba con un desconocido en un bar de París. La conversación era de lo más animada. En uno de los viajes de Pancho al baño fue abordado por otro venezolano que también estaba en el bar. El otro venezolano le preguntó a Pancho si sabía con quién estaba hablando. Y Pancho respondió sinceramente que no. El venezolano le informó que se trataba nada más y nada menos que del famoso escritor Eugene Ionesco.

Al saber la noticia, Pancho medio se sacudió, salió inmediatamente y preguntó a su contertulio que si era verdad que él era Ionesco.

A lo que Ionesco respondió:

— Es verdad, soy Ionesco, pero vamos a seguir conversando como si no lo fuera.

UDÓN PÉREZ

El poeta zuliano Udón Pérez concedió una cita a un periodista extranjero que quería entrevistarle. El periodista llegó a casa del poeta pero lo encontró con unos tragos, tirado en el suelo. El periodista dijo que así no podía trabajar, qué cosas podría escribir del poeta en esas circunstancias. El poeta le pidió que dijera lo que había visto.
— Diga que en este país la cultura está por el piso.

EL POETA ACEVEDO

José Esteban Ruiz Guevara tenía que viajar a Mérida, pero no quería dejar solo en su casa de Barinas al poeta Ángel Eduardo Acevedo. Ruiz Guevara le pidió al poeta que lo acompañara, que regresaban en dos o tres días. Acevedo se disculpó. En esos tiempos estaba escribiendo el Coplerío de Agua Linda, y ya llevaba como veinte coplas. “Yo sueño que ardo en palabras”, le dijo. Ruiz Guevara se preguntó entonces qué iría a comer el poeta en sus días de ausencia, revisó la despensa y no había nada, en la nevera tampoco, sacó entonces un dinero y se lo dio.

— Bueno, Aceversos, me tengo que ir, aquí le dejo una platica para que vaya al supermercado y compre comida.

— Vaya tranquilo, José Esteban, que me le vaya bien.

Ruiz Guevara prendió el carro, hizo unas diligencias en Barinas y se enrumboó para los Andes. Cerca del Pico El Águila el carro le empezó a fallar, se detuvo a un lado del camino y se puso a jurungar cables. Pasó un amigo e intentó ayudarlo, pero como era ingeniero mecánico sabía muy poco de carros. Así estuvo Ruiz Guevara todo el día hasta que decidió regresar. Al llegar a la casa encontró al poeta en una hamaca rodeado de un montón de latas de cerveza, pero sin haber comido. Ruiz Guevara preguntó:

— Poeta, ¿y usted no ha comido nada?

- Nada, José Esteban.
- ¿Y por qué?, si yo le dejé dinero para comer.
- Sí, José Esteban, pero no es culpa mía.
- Ah, ¿no?, y entonces ¿de quién?
- Pues del dueño del supermercado.
- Mire, poeta Acebares, la verdad es que no te entiendo
- Yo fui al supermercado, explicó Acevedo, y me estuve por entre las sardinas, los salmones y los atunes, luego me acerqué al mostrador, pedí unas latas y pasé el dinero. El dueño del supermercado agarró la plata, sacó unas cuentas en la calculadora y después me trajo todo este poco de latas de cerveza.
- ¿Y usted por qué no le dijo que no eran de esas las latas que usted estaba pidiendo?
- Bueno, chico, porque me dio pena contradecirlo.

ORLANDO PICHARDO Y MARIO ABREU

Un día llegaron el poeta Orlando Pichardo y el pintor Mario Abreu, muy jóvenes los dos, a un bar llamado el Omh 2000, que quedaba en la planta baja del edificio administrativo de la Universidad de Los Andes, en Mérida. Tenían escasamente lo suficiente como para tomarse una cerveza cada uno. Al ver que se les terminaba el trago y no llegaba ningún conocido para brindarlos, Abreu pidió a Pichardo que le buscara en el carro las cartulinas y los creyones para ponerse a pintar. Efectivamente, al rato Mario Abreu ya había vendido varios de sus gallos y tenían ahora suficiente dinero hasta para tomar whisky importado. Pasó por allí el poeta Parayma y no sólo le compró dibujos a Abreu sino que incluso obsequió abundante trago a los amigos. Entonces Abreu se le acercó a Pichardo y le dijo, en tono triunfador, casi al oído:

— ¿Viste?. Esa es la diferencia entre un pintor y un poeta.

Pichardo no dijo nada y siguió tomando mientras Abreu dibujaba.

Al rato una chica se acercó a observar las pinturas y compartió largamente con ellos. Pichardo aprovechó para recitarle unos poemas, porque en aquella época no quería escribirlos sino lanzarlos al viento, o a quien pudiera. De pronto Pichardo se levantó de la mesa y se llevó a la chica. Abreu

no entendía, y les gritó desde lejos:

— Pero, epa, ¿qué pasó, por qué se van?

Entonces Pichardo se le acercó a Abreu y le dijo, en tono triunfador, casi al oído:

— ¿Viste?. Esa es la diferencia entre un poeta y un pintor.

GUILLERMO DE LEÓN CALLES

Guillermo escribía el libro más esperado por la crítica literaria, “El manual del burrero”, una guía muy útil para jóvenes que necesitan aferrarse a algo. En esas andaba el poeta cuando la indócil naturaleza sufrió una sacudida y el bar hecho de bahareque y carruzo empezó a desmantelarse. Todos se lanzaron a la calle. Cuando la tierra se tranquilizó se acordaron del poeta que, con su ceguera, le habría costado salir. Entraron y vieron a Guillermo abrazando unas cajas y unas gaveras de cerveza.

— Qué valentía, poeta, ¿por qué no salió?

— Porque me quedé salvaguardando el elíxir de los dioses.

WILLIAM OSUNA

Una noche, en Cuba, William Osuna y yo recorrimos algunos bares de la Habana Vieja. Ya muy tarde, recalamos en el bar Floridita, donde acostumbraba beber Ernest Hemingway, razón por la cual en un rincón del bar hay una estatua, tamaño natural, del escritor. Allí tomamos unos daiquirí y yo le pedí a William que se pusiera al lado de Hemingway. Luego de hacer varias fotos dije que llamaría a esa serie “El viejo y el mal”. A William no le gustó mucho la broma y me quitó la cámara para hacer él las fotos. Yo también me coloqué al lado de la estatua del escritor mientras William hacía fotos a diestra y siniestra.

Al otro día, en medio del ratón, me dispuse a ver las fotos hechas por William. Sillas, mesas, botellas, cielos rasos, era lo único que aparecía. Hemingway y yo no estábamos por ninguna parte.

RAMÓN RIVAS

Ramón Rivas bebía mucho aguardiente. Un día enfermó de gravedad y tuvieron que llevarlo de emergencia al hospital. El médico lo examinó con toda parsimonia y luego le dijo en tono de reclamo:

— Déjeme decirle que el licor lo está matando poco a poco.

Y Ramón le respondió:

— Pues la verdad es que yo tampoco estoy muy apurado.

ALEJANDRO COLINA

Alejandro Colina es uno de los grandes escultores venezolanos. Fue vecino del doctor José Gregorio Hernández y oyente en la cátedra de Anatomía del médico Luis Razetti en la Universidad Central de Venezuela. Su obra más conocida es la estatua de María Lionza, parte del conjunto de la Ciudad Universitaria de Caracas.

Juan Vicente Gómez lo puso preso en el Castillo Libertador de Puerto Cabello, donde compartió la celda con el poeta Andrés Bello. Una vez liberado, los traumas de los tres años de reclusión obligan a Colina a ser internado en el Hospital Psiquiátrico de Caracas, a donde regresará varias veces en sus tantas crisis mentales. Decía que “los seres normales son normales porque saben llevar muy bien su máscara”.

Padecía de adicción al alcohol. Colina culpaba de eso a los críticos y a los compradores de arte. Todos los días se compraba tres botellas de licor. Una de whisky, para los críticos, otra de ron, para los compradores, y una de aguardiente, para él, pero, como no iban ni críticos ni compradores, se tomaba las tres.

VICENTE GERBASI

A comienzos de los años 50 un grupo de poetas, entre los que estaban Juan Beroes, Luis Pastori, José Ramón Medina, Vicente Gerbasi y el poeta negro, pero de apellido Blanco, el famoso declamador Balbino Blanco Sánchez, fue invitado a dar un recital en el Ateneo de San Cristóbal. Después de la lectura de los versos, los poetas compraron varias botellas de vino y algo de comida para picar y se fueron a la pensión donde se habían hospedado. En la recepción el poeta Gerbasi pidió que lo despertaran muy temprano porque tenía que regresar a Caracas. Luego se encerraron en la habitación de Luis Pastori y se dispusieron a celebrar. El poeta Gerbasi estaba muy cansado y rápidamente se quedó dormido. Los demás poetas quisieron jugarle una broma. Ahumaron un corcho y le pintaron el rostro de negro. Después lo llevaron a su habitación y lo acostaron.

A las seis de la mañana, la dueña de la pensión fue a la habitación de Gerbasi y lo despertó. Gerbasi, medio dormido, al verse en el espejo, exclamó:
— Esta señora se equivocó. Yo le pedí que me despertara a mí, y al que ha despertado es a Balbino Blanco Sánchez...

PESSOA

Pedro Moitinho de Almeida descubrió una tarde la dipsomanía de Pessoa que posteriormente le produciría la cirrosis y la muerte. El poeta estaba trabajando en su máquina de escribir cuando, de pronto, se levantó, tomó el sombrero, se ajustó las gafas y dijo:

— Voy a casa de Abel.

Moitinho, que era el hijo del dueño de la empresa donde trabajaba Pessoa, no entendió a qué se refería ese extraño empleado de bigote rojizo cuyos quevedos le daban un aire tímido y escurridizo. Pero rápidamente se enteró. Pessoa iba al negocio de bebidas alcohólicas de Abel Pereira da Fonseca. En un solo día fueron tantas las idas a la casa de Abel que, al regresar una vez a la oficina, Moitinho se permitió decirle:

— Señor Pessoa, chupa usted como una esponja. A lo que inmediatamente el poeta respondió con su habitual sense of humour que le había quedado de su educación británica:

— ¿Como una esponja?, ¡Como una tienda de esponjas con almacén anexo!

ZAPATA

En la desaparecida “Cátedra del humor” daban una disertación sobre licores artesanales venezolanos. Se mencionaron todos los aguardientes, supías, cocuyes, el cocuy pecayero, el cocuy La Pastora, el que no canta, llora, el Cámara—lenta, de Gabriel Saldivia, los gorro e´tuza, los callejoneros, el miche andino, los anisados, los hinojados, el ponche llanero, el ponsigué, la chicha, el vino de moras, el ron culebra, el calentao, la mistela, el cachiri, el siete cereales, guarapo fuerte, alambiques y cachicamos.

Pedro León Zapata, quien era uno de los conferencistas, habló de una curiosidad, las extrañas cualidades de un vino hecho de cambur: — En Venezuela, dijo, se hace un vino de cambur que produce unos eructos con sabor a pintura de uñas.

LAURA

Laura estaba de cumpleaños. Su hermano, Alejandro Oviedo, y los poetas David González Lobo, Leonardo Ruiz Tirado y Erasmo Fernández querían regalarle algo pero no tenían dinero. Ezra Mo, como le decía Alejandro al poeta Erasmo, propuso entonces robar unas flores del cementerio El Espejo, que quedaba cerca. Así lo hicieron.

El Cementerio El Espejo en esos tiempos era un lugar de descanso para los poetas, de descanso no eterno. Los poetas entraban y salían como si se tratara de su casa. Era un lugar, digamos, con cierta familiaridad, para no decir “De ambiente familiar” porque sería demasiado.

Llegada la noche, el poeta Erasmo escaló los altos muros del camposanto y seleccionó con marcado esmero las flores más bonitas, las más resplandecientes, mientras afuera los otros poetas le “cantaban la zona”.

Luego, los sonrientes poetas llegaron a la casa de Laura con un ramo gigantesco. Erasmo ni se veía. Entonces Laura y su mamá empezaron a buscar varios jarrones para poner tantas y tan oportunas flores mientras improvisaban una gran fiesta.

Lamentablemente la cumpleañera descubrió pronto la procedencia de tan magnífico ramo por culpa de una de las flores. Una cala bellísima. La flor que más brillaba a la luz de la luna.

Era de plástico.

JULIO VALDERREY

En la reunión de la Red Nacional de Escritores en Barinas, Julio Valderrey, quien estaba amanecido y enratonado, vino a sentarse a mi lado. Julio hacía comentarios y chistes de todo lo que pasaba en la sala. En una ocasión estuvieron en el presidium Leonardo Ruiz Tirado (un poco gordo) y Danníbal Reyes (un poco flaco).

Julio se volteó hacia mí y me preguntó:

— ¿A qué se le parece esa imagen?

— No sé, quizá al gordo y el flaco.

— Noo, ...

— ¿Al número 10?

— Tampoco

— ¿Entonces?

— Al afiche ese que dice que uno vendió a crédito y el otro vendió al contado.

CÉSAR DÁVILA ANDRADE

El gran poeta ecuatoriano César Dávila Andrade vivió durante un tiempo en Mérida, invitado por ese otro gran escritor ecuatoriano, Alfonso Cuesta y Cuesta. Luego Dávila Andrade se radicó definitivamente en Caracas, donde murió. Sus versos reflejan un gran dolor, el de sus hermanos indígenas.

Dávila Andrade bebía seis meses y pasaba seis meses abstemio. Abstemio totalmente. Ni un vinito. Sin embargo, sus amigos poetas lo recuerdan fundamentalmente por los seis meses de trago.

En una oportunidad le publicaron un poemario en Caracas y unos traviesos editores, que conocían la afición del poeta por el trago, le cambiaron un verso que afectó profundamente al poeta. Un poema suyo empieza diciendo:

«Ahora sé que me dieron esta alma en medio de una batalla»

Y los malvados editores le pusieron:

«Ahora sé que me dieron esta alma en medio de una botella».

CIRO MENDÍA

Al poeta Fernando Linero

El poeta y dramaturgo colombiano Ciro Mendiá estaba agotado. Acababa de escribir su obra *Prometea desencadenada* y quería descansar. Le pidió a un presidente de Colombia que lo ayudara. El presidente le preguntó qué quería, y el poeta le respondió que deseaba estar en algún lugar tranquilo, sin trabajar, y con un sueldo que le permitiera vivir felizmente. Como en vacaciones. El poeta recordó aquellos versos de X—504: “...quedarme el día entero debajo de una palma, y olvidarme de todo a la orilla del agua.”

Al presidente se le ocurrió enviarlo a la isla de Providencia, en San Andrés. Le dio un papel como funcionario de labores culturales, cargo que en realidad no existía. Era sólo para justificar el sueldo. El poeta Ciro se fue encantado. Desde el principio se sintió en el paraíso terrenal. Pasaba los días tomando whisky en la playa, contemplando el mar. Feliz.

Luego de varios meses en esa rutina, cansado de tanta felicidad, empezó a llegarle el marasmo y, entonces, el tal paraíso se le convirtió en infierno. Ahora, cuando estaba con tragos se levantaba furioso de la hamaca, le lanzaba patadas al mar y le gritaba:

— Cállate, cállate, estoy harto de ti.

MARCELINO MADRID

Marcelino Madrid tenía una casa en Chorón y una noche, un poco tarde, Enver Cordido fue a visitarlo.

Toca la puerta y Marcelino dice desde dentro:

— Aquí está el general Pechoepavo, Conquistador de muchos territorios, allá ¿quién?

— Es Enver.

— ¿Cuál Enver?

— Pues Enver Cordido.

— Diga la contraseña, compañero.

— Coño, Marcelino, déjese de vainas y abra la puerta de una buena vez.

— Lo siento, compañero, si no dice la contraseña no lo puedo dejar entrar.

— Pero, es que yo no sé de qué contraseña me hablas.

— Contraseña o nada.

— Está bien, me marcho, yo sólo venía con una botella de whisky a tomármela contigo...

La puerta se abre de golpe y rápidamente aparece Marcelino:

— Contraseña correcta, compañero.

CARLOS CONTRAMAESTRE

A Carlos Contramaestre le encantaban las fiestas. No podía ver una fiesta porque inmediatamente se metía aunque no hubiera sido invitado.

Una noche, en Cabimas, Contramaestre vio una fiesta y se metió. Empezó a bailar y se hizo amigo de todo el mundo. Bebía y bailaba. Avanzada la noche le dieron ganas de orinar y fue al baño. De regreso del baño, que quedaba al fondo en el patio, pasó por una habitación que estaba abierta, se asomó y se puso a curiosear. Era una casa humilde. En la mesita de noche había un reloj despertador y Carlos, de travieso, lo agarró y se lo metió en el paltó. Volvió a la fiesta y siguió bailando. Como a las 5 de la mañana, mientras Carlos bailaba, sonó el despertador y todos se dieron cuenta de que era el reloj de la casa que el desconocido escondía en su ropa.

Tuvo que salir corriendo porque lo iban a matar.

EL GRUPO «VIERNES»

El poeta Otto D' Sola llegó un día un poco pasadito de tragos a una reunión del grupo «Viernes» y lo único que atinaba a decir era:

— «Liquidación total de la existencia...»

Al comienzo no le pararon mucho pero el poeta insistía con su letanía:

— «Liquidación total de la existencia...»

Vicente Gerbasi se preocupó y preguntó a Pablo Rojas—Guardia y a los otros poetas si sabían de algún problema que tuviera el poeta, si quería atentar contra

su vida. Nadie sabía nada. Decidieron entonces preguntarle qué le pasaba.

— Poeta, muy bueno el verso, muy bueno. Acaso estás escribiendo algún poema sobre el enigma de la vida, de la existencia...?

— Noo, respondió D' Sola, lo acabo de ver en una tienda donde rematan colchones...

EL CATIRE

Una noche estaban Adriano González León y el catire Hernández D'Jesús en el bar “El gato pescador” tomándose una cerveza. Ambos escritores muy jóvenes, recién llegados de la provincia. Uno de Valera y el otro de Mérida. Bebían lentamente sus cervezas porque no tenían dinero sino para tomarse una. Cuando se les estaba terminando miraron angustiados para todos lados tratando de ver si conocían a alguien que les brindara otra. Al rato entra al bar un señor que dijo ser de Valera. Adriano se le acerca, hace que lo reconoce y lo abraza. Le dice que son paisanos, valeranos los dos. Le pide que, por favor, los acompañe a la mesa, es un honor, y presenta al catire.

El valerano es espléndido, a cada rato pide cerveza para los “muchachos” y whisky para él. Ya a punto de cerrar el bar, el valerano pide permiso para ir al baño y les dice a los poetas que sigan pidiendo trago a nombre de él. Los poetas aprovechan, beben rápido y piden varias rondas, pero pasa el tiempo y el valerano no regresa. Adriano encomienda al catire para que vaya al baño a ver qué pasó con su paisano, quién sabe si se quedó dormido o estaría vomitando. El catire va y no lo encuentra. Ahí se dan cuenta. El valerano se había ido sin pagar. Los poetas se miraron. No sólo no tenían dinero para pagar sus cervezas sino mucho menos para pagar los whiskys del falso “paganini”.

Final previsible. Terminaron presos.

El Marqués de Oliveira, un personaje de Caracas, que también estaba preso esa noche en la misma cárcel, protestaba, defendiendo a los poetas:

— Saquen a esos niños.

TARIFE Y ARNULFO

Amaneciendo y amanecidos van a hacer un sancocho, con aguardiente y canciones, a uno de esos ríos fríos entre Barinas y San Cristóbal, los poetas Arnulfo Quintero López, Eladio Tarife, Laurencio Zambrano y una mujer muy bella, Ana Cecilia, viuda preciosa, ampulosa de caderas, hermosa, solitaria, y con ganas de ser amada.

Eladio y Arnulfo empiezan a competir por la dama. Eladio es músico, compositor de “Linda Barinas” y de “Española”, se acompaña él mismo con la guitarra, y Arnulfo, poeta y cantor de rancheras. Laurencio estaba encargado del sancocho y no participaba de la competencia porque estaba más interesado en una amiga de Ana Cecilia, una tanguera, como él, pero apoyaba a su colega poeta Arnulfo.

La cosa iba pareja, cabeza a cabeza, y el sancocho a punto de ebullición cuando se les acabó la leña. La dama vio que al otro lado del río había abundante leña y propuso pasar de los versos a la acción. Sería amada por quien lograra traer más leña desde el otro lado del río. Inmediatamente Eladio se lanzó al río y regresó, nadando con una sola mano, y en la otra un bulto de leña, fuera del agua, para que no se mojara. La dama lo esperó con una toalla y empezó a secarle los pectorales, mientras Eladio exageraba en su virilidad. Arnulfo miró el río, vio que eran como doce metros de ancho, comprobó que estaba

muy frío, que llevaba una fuerte corriente y, lo peor, recordó que no sabía nadar. Entonces, con la mayor dignidad, se volvió donde Eladio, le dio un apretón de manos y le dijo:

— Es suya, maestro.

POETA DE LA ROCKOLA

El poeta Laurencio Zambrano daba una conferencia muy irreverente sobre la cultura en un alejado pueblo de la Goajira. Decía, entre otras cosas, que una rockola era tan importante, o más, que una biblioteca. Mucha gente salió escandalizaba pero otra se quedó. Después el poeta se fue con unos amigos a tomarse unos tragos en un bar cercano.

Uno de los que se quedó hasta el final de la conferencia fue un borrachito que celebraba con cada ocurrencia de Laurencio. Al llegar al mismo bar y ver que la rockola no sonaba se fue directamente donde el poeta y le dijo:

— Profe, un bolivita ahí para la biblioteca.

CARMEN DELIA BENCOMO

Un día invitaron a Carmen Delia a leer unos poemas en una escuela de Tovar. Ella buscó los mejores poemas y cuentos infantiles que tenía, se tomó unos dos rones y se dispuso para el recital. Al llegar a la escuela la estaba esperando una de las maestras que la recibió con estas palabras:

— Ay, muchas gracias por venir, yo siempre le hablo de usted a los muchachos. Esto es como un sueño para mí porque yo sí tenía ganas de conocerla, señora Teresa de la Parra.

Carmen Delia se regresó a la casa y no quiso leer nada.

FELIPE

Una madrugada, antes de divorciarse, Felipe llega a un edificio y empieza a tocar en todos los apartamentos.

—Ring, ring,

Contesta una mujer:

—¡Sí! ¿quién es?

—Disculpe, ¿está Felipe?

—!!No!!, aquí no vive ningún Felipe.

Y así sigue Felipe por todos los apartamentos hasta que una señora le contesta:

—Sí, aquí vive Felipe pero él no está ahorita.

Entonces Felipe le pide:

—Usted podría abrir la puerta, por favor, para ver si yo soy ese Felipe que vive aquí..

HUMBERTO FEBRES

Un día salen de Barinas, en un Renault, los poetas Humberto Febres y Alberto José Pérez, rumbo a Mérida. A la altura de Altamira de Cáceres se detienen y compran dos botellas de brandy Martell.

Por el camino se toman una botella y empiezan la otra. Al pasar por la Laguna de Mucubají un camión se les lanza encima y Humberto da un volantazo hacia el cerro, el carrito sube, se voltea en el aire y cae.

Con el carro patas arriba, los poetas salen con dificultad. Afuera una asustada viejecita reza arrodillada. Entonces Humberto toca a Alberto José y le pregunta preocupado:
— ¿Y la botella?

ANDRÉS ELOY

El cronista Guillermo Austria no era bien visto por el presidente Rómulo Gallegos. Cada vez que llegaba a Miraflores buscando trabajo, Gallegos ni lo recibía. Pero Austria era muy amigo del Canciller, el poeta Andrés Eloy Blanco. En una oportunidad, Gallegos estuvo ausente del Despacho por motivos de salud, y autorizó al Canciller para que resolviera por sí solo los asuntos de menor importancia. Ese fue el momento que aprovechó Andrés Eloy para darle un nombramiento a Guillermo Austria.

Al enterarse, el cronista, con varios tragos encima, se presentó ante el poeta y, retórico, le dijo:

— Eminente Canciller, acabo de enterarme al leer la Gaceta Oficial que, por disposición del Presidente de la República, he sido nombrado cónsul en Las Palmas.

Andrés Eloy le aclaró:

— Por disposición no, ... por indisposición del Presidente.

LE COMTE BLEU

Un día, Alcides Rivas, Le Comte Bleu, invita a tomar cerveza a los poetas Avílmor Franco y Arnulfo Quintero. Empiezan a pedir cerveza y cerveza y como a las tres de la mañana el mesonero les pide que paguen la cuenta porque va a cerrar. Ninguno de los poetas tenía dinero pero esperaban que el Comte pagara porque era el que había invitado. Efectivamente, Alcides se metió la mano en el bolsillo, sacó una piedrita blanca de río, se la entregó al mesonero y le dijo: — Buen hombre, tome este diamante, páguese la cuenta, y quédese con el vuelto.

El mesonero llamó a la policía y se llevaron presos a los tres poetas.

VALLE-INCLÁN

Don Ramón Valle—Inclán decía que el licor le ahorra el trabajo de regresar a casa porque, cuando salía de los bares a las tres de la madrugada, él simplemente ordenaba a la calle que se echara a andar y que la casa viniera por él.

— Y mi casa se me va acercando como un barco, aseguraba.

LOS HIELITOS TRISTES DE ALFONSO MONTILLA

Alfonso Montilla era el juglar de la República del Este. Todos querían escucharlo. A Alfonso le encantaba el trago pero no tenía recursos, por eso se aprovechaba de sus cuentos para beber.

Un día, Elías Vallés, el de la Funeraria, a quien algunos llamaban «Mecenas» pero otros preferían llamar «Mebebes», le pidió a Alfonso que contara un cuento que a él le gustaba mucho. Alfonso dijo:

— Lo que pasa es que estos hielitos están muy tristes.

Estaba sin trago. Entonces Vallés ordenó inmediatamente al mesonero que le pusiera otro trago al poeta. Era la fórmula infalible de Alfonso para beber gratis.

LIRA SOSA

En un bar de París bebían Aníbal Nazoa, Guillermo Sucre y otros poetas. Cuando llegó la hora de pagar se dieron cuenta de que no tenían suficiente dinero. A alguien se le ocurrió buscar al poeta José Lira Sosa, quien también vivía en París y mensualmente recibía un dinerito. Encomendaron a Aníbal Nazoa para que fuera a ver al poeta y pedirle prestado algunas monedas que les faltaba para pagar la cuenta.

Al llegar al edificio, Aníbal empezó a gritar:

— Poeta Lira Sosa, poeta Lira Sosa....

El poeta se asoma al balcón:

— ¿Qué pasa?

Aníbal le pregunta:

— Mira, ¿cómo estás de dinero?

Y, enfático, el poeta Lira Sosa le responde:

— Ávido.

ANDRÉS MEJÍAS

Una noche iba Andrés Mejías caminando por una plaza solitaria. Llevaba unos cuantos tragos encima pero quería más y andaba en busca de un bar abierto. De repente se le aparece un muerto y le pregunta la hora. Andrés mira el reloj y le da la hora. El muerto se asombra de que Andrés no se asuste. Al rato, el muerto ve que Andrés regresa y entonces se dispone ahora sí a asustarlo de verdad. Un colega suyo, otro muerto, le dice: — Pídale un cigarro y candela para que cuando te vea la cara se asuste.

Así lo hizo. El muerto le pidió un cigarro y además que se lo encendiera. Andrés le dio el cigarro y le acercó el encendedor. A la luz del fuego, Andrés vio el rostro del muerto, y entonces, sin inmutarse, le dijo:

— Oye, hermano, este vicio te está matando.

ANDRÉS BELLO

Don Andrés, además de poeta y fundador de naciones, era travieso.

Un día llega Don Andrés a la casa, se toma un par de vinos y se dirige a la biblioteca. De pronto se percata de que su esposa ha salido de compras y que la muchacha del servicio, que es muy bonita, está sola. Es conocido que Don Andrés, como todo poeta, era aficionado al amor de las muchachas que trabajaban en su casa. El poeta se toma otro vino y se lanza a la conquista. En eso llega la esposa y los encuentra en la cocina. La esposa molesta le dice:

— Andrés, estoy sorprendida...

Y Don Andrés, siempre tan preocupado por la precisión del lenguaje, la corrige:

— No, el sorprendido he sido yo. Tú estás estupefacta.

CAPERUCITA ROJA

En un carnaval, una señora disfrazada de Caperucita Roja va caminando por el boulevard de Sabana Grande y ve que se le acerca un borracho.

— Hola, ¿cómo estás, Caperucita?— le dice el borracho.

— Bien, muy bien— le contesta para quitárselo de encima.

Pero el borracho de pronto se percata de que esta Caperucita está viva, y además embarazada, entonces le vuelve a preguntar:

— Y a ti, ¿no que te había comido el lobo?

Y Caperucita:

— Noo, eso fue un error de imprenta.

DE CUANDO LA SALIDA DEL SOL DEPENDÍA DE LOS POETAS

Todavía recuerdo una película brasileña llamada “Orfeo negro”. En algún momento, a partir de algún verso del poeta Vinicius da Moraes, un niño le pide a Orfeo que toque la guitarra para que salga el sol.

Todo esto viene a cuento porque un día están en Caracas los poetas José Lira Sosa, Adriano González León, Enver Cordero, Miguel Ángel Brunicardi y otros, tomando tragos.

Lira Sosa era Director de un diario en Margarita llamado El Sol y, como a las cinco de la tarde, le dice a sus “concañeros” que no bebe más y que se tiene que ir al aeropuerto para volar a la isla.

Adriano intenta detenerlo:

— Poeta, no se vaya, quédese con nosotros esta noche.

Y Lira Sosa le argumenta:

— Es que, si no me voy, mañana no sale el sol en Margarita.

JUAN RULFO

Cuenta Bryce Echenique que una noche daba una fiesta en su casa de París. Uno de los invitados era el escritor mexicano Juan Rulfo. Por su timidez, Rulfo siempre quería pasar inadvertido pero no podía. Para colmo de males una funcionaria se le pegó esa noche como un chicle. Rulfo no sabía qué hacer para quitársela de encima. Consultó entonces a Bryce.

— A la próxima pregunta respóndale con una pesadez, fue la recomendación de Bryce.

Así hizo.

La señora se le acercó de nuevo y con cara de culta preguntó al maestro que si ya se había leído *El Capital*, de Carlos Marx. Y ahí fue cuando llegó la oportunidad esperada por Rulfo.

—No, pero vi la película.

ALFREDO SADEL

En una oportunidad Alfredo Sadel se presentó en la Casa del Escritor. Había muy poca gente pero Alfredo cantó amorosamente para los asistentes, entre los que estaba el poeta William Osuna.

Un borrachito que pasaba por el lugar, al ver a Alfredo, se detuvo y entró. Se restregaba los ojos y no lo podía creer. Cuando regresó a la calle se puso a hablar solo:

— Qué arrecho, ese carajo canta como Alfredo Sadel, habla como Alfredo Sadel y es igualitico a Alfredo Sadel. No puede ser que esté cantando en esta pocilga. Definitivamente, voy a tener que dejar la bebida, me está cayendo mal.

OMAR GRANADOS

Un día salimos de Mérida, rumbo a la Bienal “Ramón Palomares” de Trujillo, Omar Granados, Norberto Codina y yo. A la altura de la Vuelta de Lola, compramos unas botellas de licor para el camino y para el frío. Omar Granados nos contó una anécdota que nos causó mucha risa. Tarde nos daríamos cuenta de que era una especie de premonición. Explicó Omar que algunas veces el Chino Jung lo invitaba a cocinar y a conversar. El Chino permitía que Omar hablara un rato y luego, en su escaso español maracucho, pedía a Omar:

— Descansito, descansito.

Entonces sacaba una armónica y se ponía a tocar cualquier tipo de música clásica. Después seguían cocinando y Omar volvía con sus historias hasta que de nuevo el Chino pedía:

— Descansito, descansito, y volvía con su armónica.

Nosotros reímos de buena gana y agradecemos a Omar la anécdota. Lo único malo es que Omar habló durante las 4 horas de viaje.

Al llegar a Trujillo, medio borrachos del viaje, los tragos y la conversa de Omar, los organizadores nos informaron que los tres invitados de Mérida dormiríamos en una misma habitación. Entonces Codina y yo preguntamos inmediatamente dónde se podía comprar una armónica.

EL CENTENARIO DE VALLEJO

Cuando César Vallejo cumplió cien años de su nacimiento, el poeta Gregory Zambrano, otros amigos y yo organizamos en Mérida una semana para analizar

la obra del poeta peruano. Entre los invitados estaban Luis Navarrete Orta, Guillermo Rodríguez Rivera y otros escritores latinoamericanos. En la noche de la clausura, después de un recital poético, nos fuimos a un bar donde tocaban son cubano. Se llamaba algo así como el Caribe Sweet.

A medida que avanzaba el ron, nuestra mesa se fue convirtiendo en la más bulliciosa y el dueño del establecimiento vino a preguntarnos qué celebrábamos. Le dijimos que el centenario de Vallejo, y seguimos conversando entre nosotros.

Al rato, el presentador de la orquesta en vivo saludó la mesa donde estábamos y pidió al señor Vallejo, que estaba cumpliendo cien años, que se levantara. Para no hacer quedar mal a nadie, Luis Navarrete Orta, quien era el más viejito y el más bromista, se levantó y dijo que él era Vallejo, razón por la cual recibió el aplauso y la felicitación de todos los concurrentes.

ELECCIONES EN LA REPÚBLICA DEL ESTE

El poeta Julio Valderrey se entera de que hay elecciones en la República del Este y llama a todos los amigos. Aunque ellos no podían votar, se ofrecía trago y comida gratis a todos los presentes.

Efectivamente, comienzan las votaciones, y mientras unos votaban otros pasaban cajas y cajas de whisky. Al finalizar el día, se dieron los escrutinios y salió como ganador, una vez más, Caupolicán Ovalles.

Después se prendió la fiesta con una orquesta de salsa hasta que alguien habló de fraude, se armó una trifulca y desapareció la caja donde estaban los votos.

Era una urnita de la Funeraria Vallés.

SANTOS Y EL PADRE VILLA

Un día llegó el Padre Villa a la librería de libros usados que Santos, el Peruano, tenía en Mérida, y le dijo en voz baja, para que la señora Juanita no escuchara, que le estaba sobrando una botella de vino de consagrar, y que lo esperaba más tarde en la sacristía de la Catedral.

Al rato, Santos dijo a la señora Juanita que iba a ver una biblioteca que le estaban vendiendo y que regresaba tarde.

Mientras libaban el sagrado vino, el Padre Villa tranquilamente le preguntaba a Santos cómo iba el negocio, qué se vendía más, cómo se las arreglaba con las polillas. Pero, de pronto, Santos escuchó la pregunta que nunca hubiera querido escuchar. Preguntó el Padre:

— La poesía, ¿se vende?

Y Santos, que no quería meterse con algo que amaba, apuró el trago y dijo:

— La poesía... se siente.

EL POETA MONTES DE OCA

Al poeta Ramón Montes de Oca le gustaba ir a Trujillo porque allí los poetas le celebraban sus versos. Cuando Adriano González León, Alfonso Montilla y Oswaldo Barreto se enteraban de que el poeta Montes de Oca los iba a visitar, se ponían felices porque sabían que por unos días iban a descansar del micho andino porque el poeta lo único que bebía era whisky.

Montes de Oca tenía un verso que repetía siempre:

— Yo soy un satán que hiere las rosas

Los poetas aprovechaban para aplaudir a rabiar.

— Qué verso, poeta, qué verso, decían todos al unísono.

Entonces el poeta se entusiasmaba y pedía una botella.

Cuando Alfonso Montilla veía que la botella se estaba terminando pedía a Montes de Oca que por favor volviera a decir el verso. Los poetas aplaudían de nuevo la perfección del endecasílabo, y entonces el poeta Montes de Oca llamaba al mesonero y ordenaba otra botella.

MIREYA KRISPIN

Una noche, como a las dos de la madrugada, regresaba a su casa, Mireya Krispin, después de una fiesta. Cuando ya iba a coger la curva para entrar a su finca, vio que venían bajando por la carretera todas sus vacas, encabezadas por la más hermosa y grande de ellas, llamada Blancura.

Sorprendida Mireya detuvo el carro con la idea de hacerlas regresar. Pensó que si les hablaba, las vacas responderían inmediatamente a sus requerimientos y volverían a los potreros. Se bajó del carro, lindamente ataviada con un traje francés, cuya falda estaba pintada a mano, y unos hermosos zapatos de tacones muy altos.

Mireya empezó a hacer unos ruidos parecidos a los que escuchaba del obrero que trabajaba con ella, pero ni Blancura le paró. El animal, como de cuatrocientos kilos, de un cabezazo lanzó a la poeta directo a la cuneta de la carretera, y el precioso vestido, que era de pura seda, se desgarró inmediatamente. Uno de los tacones de los zapatos se partió, y cuando la poeta se levantó se dio cuenta que la tropa de ganado ya iba rumbo a Tabay.

Recordó entonces que el obrero que la ayudaba vivía en la parte de atrás de la casa, y subió volando a buscarlo. A pesar de que estaba borracho, porque era un día viernes, el obrero apenas se paró en la puerta de la casa, emitió un sonido entre silbido y voz, y todos los animales regresaron en fila india de nuevo a la finca.

Esa noche la poeta abandonó definitivamente la ganadería y se metió de lleno en la poesía.

EVER DELGADO

Aquella noche la fortuna estaba de buen humor. El poeta Ever Delgado, después de participar en una feria del libro, decidió compartir un rato con algunos amigos que hacía tiempo que no veía. Pasada la medianoche quiso regresar al hotel, se aprovisionó de una botella de ron para el camino, y contrató un mototaxista. Preguntó cuánto iba a costar la carrera pero el conductor no contestó.

— ¿Qué sucede?, preguntó el poeta.

— Es que no sé dónde queda ese hotel, respondió apenado el motorizado.

Ever se molestó.

— ¿Cómo es posible que usted, siendo mototaxista, no sepa dónde queda un hotel tan conocido?

— Es que yo soy de Mérida y tengo apenas un mes en Caracas, confesó.

Ever, al escuchar que el mototaxista era de Mérida, se calmó.

— Ah, bueno, yo también soy de Mérida.

Se bajaron de la moto, el poeta sacó la botella, se sentaron en la acera y empezaron a conversar.

— ¿Y usted de qué parte de Mérida es?

— Del barrio Andrés Eloy Blanco.

— ¿Verdad? Por ahí también vive una tía mía.

— ¿Quién será?, ¿cómo es ella?

— Es alta, así, muy elegante, y vive cerca del puente del Parque de la Isla.

— Ah, ya creo que sé cuál es. Me parece que tiene

una hija muy bonita.

— Sí, esa es prima mía.

— Esa señora es muy amiga de mi mamá.

— Cuidado con la prima, que yo la vi primero.

— Tranquilo.

Así siguieron conversando hasta que se terminaron la botella. Entonces, medio borrachos, vieron que había cerca un estacionamiento. Guardaron la moto, y cada uno salió a buscar un mototaxi que lo llevara a destinos menos inciertos.

ÚLTIMA CENA

María Félix llegó a Bogotá en un vuelo de Avianca. Antes de bajar del avión, la famosa actriz invitó a Helena Restrepo, una de las azafatas del vuelo, a una cena en el Hotel Tequendama, donde se iba a hospedar. Al otro día, en la mañana, María Félix regaló a Helena un diamante.

Helena Restrepo formaba parte de un grupo de desadaptados llamados Nadaístas, que lideraba el poeta Gonzalo Arango. Poetas, pintores, que estaban asqueados de la realidad colombiana y querían escapar del consumismo, de las telenovelas, de la política, de la policía, de los negocios. Ansiaban una especie de *Beatus Ille*, pero no en el campo sino en una playa, en una isla donde no viviera nadie más. Sólo ellos, con sus novias, su música, su poesía, sus tragos, y sus cigarros. Construirían allí una comuna, una nueva sociedad, un Nadasterio. El problema era que no tenían dinero.

Cuando Helenita informó que le habían regalado un diamante, inmediatamente pensaron en la isla. En Tumaco había una persona que estaba vendiendo una en el océano Pacífico. Justo lo que necesitaban. Fueron e hicieron el negocio. La isla por el diamante.

En un pequeño pesquero se embarcaron unos diez nadaístas, entre ellos el Monje Loco, Elmo Valencia, quien luego escribiría su novela *Islanada*.

Se proveyeron de todo, comida, licor, tabaco, trajes de baño, hasta de mentol chino. Salvaron un cerdo del matadero, al que apodaron Sócrates y lo pusieron de mascarón de proa. Helenita, con mapa en mano, hizo de Palinuro, y partieron rumbo hacia el azul infinito.

Llegados al lugar se encontraron con que la isla había desaparecido. En realidad, sí existía, pero sufría de erosión marina, permanecía seis meses a flote y seis sumergida. En el momento en el que los nadaístas llegaron la isla estaba hundida. Pensaron que los habían estafado. Regresaron furiosos con ganas de matar al que les había vendido la isla. Ya en tierra, el tipo de la isla los estaba esperando para matarlos porque le habían pagado con un diamante falso.

Al final Todo resultó en Nada. El diamante, la isla, el Nadasterio, Sócrates. Lo único verdadero había sido la cena de María Félix.

UNA ACEITUNITA

Una noche, en un bar de Salamanca, están bebiendo los venezolanos Alfonso Montilla, Caupolicán Ovalles y Carlos Contramaestre. De pronto, Carlos dice que va al baño. Pasan los minutos y Carlos no regresa. Pasa media hora y los poetas se preocupan. Qué pudo haberle pasado al poeta. Se habrá quedado dormido en la poceta. Estará vomitando. Se habrá perdido.

Van al baño de hombres y no está. Se miran y piensan que pudo haberse metido al baño de damas. Se asoman y no está. Ya de regreso ven una puerta cerrada que dice «Prohibido el paso». Los venezolanos no pueden ver un aviso parecido porque no aguantan la tentación. Abren la puerta y ven unas escaleras oscuras que dan a un sótano. La bodega de vino del bar. Los poetas empiezan a llamar en voz baja:

— Carlos, Carlos, ¿estás ahí?...

Y desde el fondo de la habitación, donde se oye un chapoteo en las barricas de vino, sale una voz que pide:

— Caupo, Caupo, pásame una aceitunita.

RUBÉN MONASTERIOS

Una noche, Rubén Monasterios invitó a Edmundo Aray a tomar cerveza en un bar en el barrio El Cementerio. Empezaron a tomar trago, cerveza y cerveza, y a conversar. Cuando ya estaban por cerrar, Rubén le preguntó a Edmundo que si tenía dinero. Edmundo le dijo que no, él suponía que Rubén tenía, ya que lo había invitado. Rubén entonces le dio las instrucciones:

— Mire, poeta, salga lentamente hasta la puerta, que yo me voy al baño y resuelvo, pero, eso sí, cuando llegue a la calle eche a correr y nos vemos en el cementerio.

Efectivamente, Edmundo caminó lentamente hacia la puerta, al estar fuera corrió todo lo que pudo, se escondió detrás de una tumba en el cementerio y se puso a esperar. Al rato escuchó gritos, maldiciones y gente que corría. Al fin apareció Rubén, como un alma en pena, que, jadeante, llamaba:

— Mundo, Mundito... soy yo...

Traía dos latas de cerveza que había pedido “para llevar”.

MARIO CALDERÓN

Voy a visitar a mi amigo, el músico y juguetero Mario Calderón, y lo encuentro en la cama. Tiene una fomentadora en la cabeza y no deja de quejarse, mientras el maestro José Castro le da una sopita en la boca.

— Poeta, ¿qué le pasa?

— Casi nada, mi pana, que tengo el ratón de los ratones. Tuvimos una fiesta anoche y no soporto el dolor de cabeza.

— ¿Y sería que ligaste varios licores?.

— Noo, sólo ron con hielito.

— Pero y entonces ¿qué pudo haberte caído mal?

— No sé, mi pana, pero yo creo que esos hielitos estaban adulterados.

LA DEFINITIVA INDEPENDENCIA DE SAN JUAN DE LOS MORROS

El 23 de enero de 1958, en medio de una balacera, salió de la cárcel de Obispo el Chino Valera Mora. Había caído preso en noviembre del año anterior, en los actos de protesta del Día del Estudiante. Al mediodía llegó a Caracas, al apartamento del Bloque 4, en El Silencio, donde estaban varios camaradas, el poeta Acevedo, Ismael Medina y hasta un copeyano llamado Juan Meza. El Chino venía limpiecito, con una ropa que recién le habían regalado.

Los poetas le preguntaron:

— ¿Qué vamos a hacer?

Y el Chino dio la orden:

— Vámonos para San Juan de Los Morros, que ahí no ha caído todavía la dictadura.

Compraron unas botellas y se fueron a San Juan. Allí soltaron los presos de la Digepol, nombraron la Junta Patriótica y, después de cruentos combates, verbales, con la gente del gobierno, fue liberado, por fin, San Juan de Los Morros.

¿Y NO PIENSAN INSISTIR?

Unos muchachos invitaron al poeta Acevedo a tomarse unos tragos. El poeta se negó, dijo que estaba tomándose unos remedios y que no podía. — Ah, bueno, vámonos, dijeron los muchachos, a los que se sumó una hermosísima mujer que salió como de la nada.

El poeta Acevedo, al ver que cambiaba la correlación de fuerzas, se arrepintió y empezó a llamarlos:

— Ey, muchachos, y ¿es que no piensan insistir?

LENIN EN FINLANDIA

a Abel Prieto,
a quien le escuché este cuento.

Había un concurso de pintura en la Unión Soviética en los tiempos del llamado realismo socialista. El tema del concurso era «Lenin en Finlandia». Llegan los cuadros y el jurado se pone a revisar. Un cuadro tenía a Lenin hablando a los obreros en Finlandia. Otro cuadro a Lenin con los estudiantes en Finlandia. Otro a Lenin con los obreros ferroviarios. Pero había un cuadro muy raro. No aparecía Lenin por ninguna parte y sólo estaban Kruskaia, la esposa de Lenin, (además en bata de dormir), y un obrero observándola desde una ventana. El jurado pide entonces ver al autor del cuadro. Le llevan un pintor un poco aficionado al vodka. Le preguntan que si sabía cuál era el tema del concurso. Él responde que sí. Le preguntan de nuevo:

— ¿Entonces, dónde está Lenin?

Y el borrachito responde:

— En Finlandia.

EL POETA FRANCISCO ARÉVALO

Una noche, luego de un recorrido por los peores bares de Ciudad Guayana, varios poetas llegaron a un antro que era un hervidero de mujeres.

Francisco Arévalo, poeta al fin, se acercó a una de las chicas. Se inclinó, en un gesto de caballero andante, y con una rodilla en el piso le dijo:

— Usted es la flor más bella, la sílfide más radiante que habita estos parajes de hormigón.

A la mujer aquella palabra sílfide debió sonarle a enfermedad venérea y sólo atinó a propinarle una cachetada, al tiempo que exclamaba:

— Me la habrá pegao tu madre, desgraciao.

EL PICNIC DE LE COMTE

Una vez Le Comte Bleu estaba sin dinero y nadie quería ya hospedarlo. Así que le recomendaron que pusiera una lona en la azotea del Edificio Albarregas y que durmiera allí por unos días. Efectivamente, alguien le consiguió una sombrilla gigante, otro le regaló un colchón, y otro unas cobijas. El Comte se instaló en la azotea.

Varios días después no se tuvo más noticias del poeta. Los amigos se preocuparon y quisieron verlo, podría estar enfermo. Entonces subieron y encontraron al Comte en pantaloneta, cogiendo sol, tomándose una botella de ron, fumando su cigarro y bañándose en el tanque de agua del edificio.

JULIO JARAMILLO

Julio Jaramillo vivió un tiempo en Caracas. Era un tipo generoso y con suerte para las mujeres. Lo que ganaba lo gastaba con los amigos.

Una noche, después de cantar en algún club, quiso tomarse unos tragos solo. Estaba triste. Le pidió al taxista que lo trasladaba todas las noches que lo llevara

a algún lugar donde no lo conocieran. Quería estar solo para que no lo molestaran. El taxista agarró por la carretera vieja de La Guaira y lo llevó al bar de un portugués amigo suyo.

Al llegar al bar, Julio Jaramillo inmediatamente escuchó su voz. En la rockola había un hombre que tenía varias horas poniendo la misma canción. Una canción de Jaramillo que dice algo así como «rondando siempre tu esquina, rondando siempre tu casa...».

Jaramillo se sentó en una mesa lejana, pidió un trago y se puso a observar al hombre que no permitía que nadie le cambiara el disco. El hombre tomaba trago

y lloraba. De pronto se volteó de espaldas a la rockola, sacó un revólver, se lo puso en la cabeza y disparó.

Julio Jaramillo estuvo tres días sin cantar.

LICORES

La pregunta estaba en el ambiente. Edmundo Aray esperó que se añejara como un vino. En una Navidad, en Cartagena, Edmundo le explicaba a Gabriel García Márquez que El Techo de la Ballena había navegado en un mar de licores. También otros grupos literarios venezolanos. Sardio, por ejemplo, tenía un himno que decía:

Nosotros los viejos marinos
un barco de guerra construimos
pa beber y beber en el fondo del mar
porque ya no se puede beber en la tierra.

Edmundo no aguantó más y preguntó:

— Y tú, Gabo, ¿bebes cuando escribes?

— No. Yo cuando bebo, bebo, y cuando escribo, escribo, pero nunca bebo cuando escribo ni escribo cuando bebo.

— Y ¿por qué?, repreguntó Edmundo.

García Márquez respondió entonces como si estuviera finalizando una novela:

— Porque no mezclo licores.

FUNDACIONES

Una noche, en Salamanca, salieron a recorrer la ciudad, Carlos Contramaestre, Caupolicán Ovalles y Alfonso Montilla, y cuál no sería su sorpresa cuando llegaron a la primera tasca y se encuentran con un cartel que dice:

«Se prohíbe la entrada a este lugar a los
señoritos

Carlos Contramaestre, Caupolicán Ovalles y
Alfonso Montilla»

Van a otra tasca y está el mismo cartel. Y así en todas. Pero eso no los detuvo. Esa noche se emborracharon con mayor furia. Compraron varias botellas de vino y en medio del despecho y del dolor buscaron una esquina de Salamanca para emborracharse. Se decidieron por una donde había una tarja que decía:

“En esta esquina mataron a un hombre.

Rueguen a Dios por él”

Allí fundaron El Techo de la Ballena.

Años más tarde, los poetas Carlos Danez, Daniel Molina y Gonzalo Fraguí, después de haber entrado, de la mano de la profesora Carmen Ruiz Barrionuevo, en el aula donde dio clases Fray Luis de León, en la Universidad de Salamanca, salieron a recorrer los bares de la ciudad, y se tomaron todos los chupitos de los sabores más exóticos.

A la noche siguiente, al llegar a la primera tasca se encontraron con una tarja que decía:

“Se prohíbe la entrada a este lugar a los
señoritos
Carlos Danez, Daniel Molina y Gonzalo
Fragui”

En la madrugada fueron avistados llamando a
una ballena desde el puente sobre el río Tormes,
como tres almas en pena, habitados por el espíritu
de Carlos Contramaestre.

Allí fundaron El Prado de la Gaviota.

SIMPLATÍA

A Carlo Maglione

El poeta León de Greiff desayunaba algunas veces en el Café “El Automático”, en Bogotá. Salía de casa y en el camino paraba en una salsamentaria, una especie de charcutería, donde compraba una canequita de aguardiente antioqueño, y se la echaba en un bolsillo del saco. Pasaba luego por “El Palacio del Colesterol”, pedía una bolsa de diez pesos, (de la época), de chicharrones de cerdo frito, bien crocantes, y se la echaba en el otro bolsillo, al cual se le producía una gran mancha de grasa, porque la bolsa era de papel. Más adelante se detenía frente a un kiosko de revistas, tomaba un periódico, lo doblaba y lo ponía en el bolsillo donde llevaba la caneca de aguardiente, hasta que llegaba al Café. Desayunaba huevos fritos con pan tostado y café con leche, pero a veces se le derramaba un poco de la yema de huevo, entonces la gente malvada decía que el maestro De Greiff necesitaba dos huevos, “uno para él y otro para su corbata”.

Con tantas dificultades económicas el poeta inventó una palabra para explicar la situación en la que vivía, “la simplatía”. León de Greiff no tenía ni con qué pagar el catastro de su casa. La oficina de impuestos lo amenazó con quitársela como pago. Esa casa, ya hecha unas ruinas, se convirtió con el tiempo en un burdel. Por lo menos tuvo mejor uso que el que le hubiera dado el estado.

León de Greiff es autor de estos versos de su famoso poema de Sergio Stepanski, precursor del Nadaísmo, muy popular entre nosotros los borrachos pobres:

Juego mi vida, cambio mi vida,
de todos modos
la llevo perdida...

En su vejez fue retirándose de la sociedad y de la gente necia. En uno de sus filosofismos había escrito:

“Yo de la noche vengo y a la noche me doy...
Tan solo estoy alegre cuando a solas estoy”

Un domingo en la mañana llegó León de Greiff al Café El Automático, en Bogotá, a encontrarse con un amigo. La mesonera se acercó y saludó
— Buenos días, maestro.
León de Greiff la miró y respondió:
— ¿Maestro?, ¿Maestro yo?, Maestro el que inventó la mamadera de gallo.

DE LOS DAÑOS QUE HACE EL AGUARDIENTE ANTIOQUEÑO ADULTERADO

Una llamada a mi teléfono móvil y la voz desconocida de una dama argentina que me informa que he sido invitado a un festival de poesía en Buenos Aires y, además, me ordena ir directamente a la agencia de viajes porque debía viajar Ya. En realidad, dijo LLa. Yo llamé a mi esposa, que estaba en casa, y le pedí que me preparara una maleta con lo esencial para viajar y que nos viéramos lo antes posible en la agencia de viajes. Ella preguntó que si podía viajar conmigo y yo le dije que no lo sabía, pero que metiera también sus cosas, por las dudas. La agencia de viajes estaba vacía, así que rápidamente obtuvimos los boletos para el vuelo. Magally, mi esposa, viajaba conmigo. Nos disponíamos a marcharnos al aeropuerto cuando vimos llegar al poeta Duván Carvajal, Presidente del Movimiento Surrealista de Colombia, muy apreciado por nosotros, los del Movimiento Sinrealista de Venezuela.

— Poeta, qué sorpresa, ¿qué hace por aquí?

— Nada, hermano, que voy a la Argentina

— ¿Usted también?, que bueno, vamos a viajar juntos.

— Sí, hermano, pero tengo un guayabo de los mil demonios, no he dormido lo que se llama nada, voy al baño y me cambio. No se vayan sin mí, espérenme que ya vuelvo.

En el apuro, a Magally se le olvidó el desodorante. Yo le dije a la señora de la agencia que iba a comprar uno pero ella me dijo que no daba tiempo porque el piloto acababa de llegar, que estaba cambiándose en el baño y que el avión estaba a punto de salir. Abrió una gaveta de su escritorio y me regaló un desodorante que hacía años no veía.

En eso salió el capitán del baño, era el poeta Duván con un uniforme de capitán. Yo me reí, le pregunté qué hacía disfrazado con ese uniforme, y me dijo que la situación estaba muy difícil, que los libros no estaban dando, así que había aceptado ser piloto de aviación. Yo no lo podía creer. El poeta iba a ser el capitán del avión que nos llevaría a Argentina. Sin haber dormido nada en toda la noche y después de haberse hartado hasta el agua del florero. Yo le pregunté cómo iba a dirigir el avión en esas condiciones. Él dijo:

— No se preocupe, hermano, que yo le pongo el piloto automático.

Nos metimos por un pasillo y salimos a un estacionamiento donde estaba un pequeño avión. Yo le dije a Magally que me daba miedo viajar con ese loco todo enratonado.

— ¿Qué será más peligroso, ser librero o piloto de avión?

— Pues, librero.

Yo me acordé de la película ¿Por quién doblan las campanas?, basada en la novela de Hemingway, donde hay un personaje al que apodan “el piloto”.

Parece que había una escena donde alguien le pregunta al “piloto” qué tipo de aviones vuela, y él responde que no vuela aviones.

— Y entonces ¿qué vuela?

— Vuelo trenes.

Era el dinamitero. Después les pareció muy fuerte la escena y la quitaron.

El avión era pequeñísimo, apenas cuatro puestos para pasajeros y los del piloto y copiloto. En el avión ya estaban los otros dos pasajeros, una pareja, un poeta y una poeta que yo no conocía, y que se besaban desaforadamente. Magally, al verlos me dijo en voz baja:

— Esos poetas están en peligro de expansión.

El copiloto también había llegado. Al nomás subir nosotros al avión se volteó para saludarnos. Era nada más y nada menos que el poeta inmobiliario Andrés Uribe Botero quien, mientras nos esperaba, ya había vendido como dos casas y varios apartamentos desde su infaltable teléfono celular.

Yo me encomendé a san Pancracio, quien tiene todos los poderes, y a Gonzalo Arango, que debe quedarle alguno, pero la verdad es que me provocaba bajarme e irme a pie.

Como el avión estaba en un estacionamiento había que llevarlo al aeropuerto, así que Duván lo prendió y empezó a manejarlo como si fuera un carro por las calles y avenidas, sólo que, medio borracho como todavía estaba, con las alas del avión golpeaba los postes, destruía los semáforos,

acababa con los nidos de los pájaros en los árboles. De repente envistió contra un zoológico donde los poetas Hermes Vargas y Larry Mejía daban de comer a unas jirafas. El avión rompió las jaulas de los tigres que salieron corriendo, y yo en medio del susto me caí de la cama y, cuando desperté, juré, por esta, que no volvía a tomar de ese aguardiente adulterado. Palabrita santa.

EL ÚLTIMO POEMA DE ORLANDO ARAUJO

Una noche salieron de Barinas, en autobús, rumbo a Caracas, los poetas Laurencio Zambrano (con guitarra al hombro), Livio Delgado, Ángel Muñoz, y Avilmark Franco, en los días posteriores a la muerte de Orlando Araujo, (1987). Se apersonaron en el apartamento de Trina Urbina, esposa y viuda del escritor, para expresarle la aflicción que sentían y testimoniar condolencias por la muerte del amigo y paisano del piedemonte barinés.

Trina los recibió perpleja, conmovida, con un manifiesto duelo y alegría al verlos de pie frente a su puerta. Eran las 11 de la mañana, de un día sábado. Afuera una garúa pertinaz y retórica, el duelo de los ángeles. Sin perder tiempo, Trina los invitó a pasar. Se sentaron en un pequeño recibo, o sala de estar y, al paso de la conversación, la amada Trina daba detalles íntimos de la muerte de Orlando, con una voz comedida y reflexiva. Casi la crónica de una muerte anunciada en la permanente celebración de la vida, la bohemia y la escritura. El relato de Trina era claro, contundente y amoroso. En la salita, solo gestos de dolor, resignación e impotencia, de parte de los poetas.

La escena tuvo un giro inusitado, imprevisto, cuando Trina les dijo, señalando una botella de ron medio vacía que estaba sobre una mesa:

— Esta botella la dejó Orlando así, a medio terminar. Yo no pensaba abrirla nunca pero,

ya que ustedes vinieron, yo deseo que sean sus amigos los que se la beban.

Después les mostró un viejo tocadiscos. La aguja estaba sobre un disco de vinilo de Pedro Infante.

— Yo quiero que enciendan el pickup, y oigan la canción que Orlando escuchó la última vez que vino aquí.

Los poetas levantaron, al momento, el brazo del pickup, y oyeron las mejores canciones de Pedro Infante, sucumbiendo a su voz y a su hechizo. Los poetas barineses siempre han sucumbido a la canción y al cine mexicano.

Después Trina fue a la máquina de escribir. Había allí un poema sin terminar. Hablaba de la amistad. Trina lo sacó y les pidió:

— Yo quisiera que ustedes lo terminaran.

Los poetas tomaron el licor de otra botella que llevaban y salieron tristes a la calle. Guardaron el poema como un tesoro y se fueron a emborrachar. Recorrieron los bares de Caracas y terminaron la noche en el boulevard de Sabana Grande, el mismo que tanto caminó Orlando.

Ya en Barinas, todas las tardes se congregaban en un bar llamado Erasmia, (que en griego significa Amistad), atendido por un griego, a quien Avilmark llamaba “paisano”. Con razón, porque todos queremos ser paisanos de Homero. Avilmark, vestido de negro, y con un búho al hombro, abría la sesión con las palabras del oráculo:

“El búho de Minerva llega al atardecer”

Luego releían el poema inconcluso, una y otra vez, pero no avanzaban ni un solo verso, hasta que un día concluyeron que escribir como Orlando Araujo no era difícil, era sencillamente imposible. Ya de madrugada, y con las brújulas rotas, regresaban seguros a sus casas, guiados por la fiel ave sagrada.

Pasó el tiempo y, una tarde, mientras los poetas bebían, sonó un teléfono. Era Trina quien, sutilmente, preguntaba por los regalos.

— La botella nos la estamos tomando poco a poco, como agua bendita.

— ¿Y el poema?

Los poetas decidieron decirle la verdad.

— Estamos en eso, querida Trina. El último poema de Orlando Araujo no se ha escrito todavía.

Ellos creyeron que Trina se iba a molestar porque no habían hecho la tarea pero, al contrario, se alegró. Les dijo:

— Eso significa que, mientras ustedes vivan, Orlando seguirá escribiendo.

VALDERREY

En la Expoesía vino a visitarme, al stand de Mucuglifo, el poeta Julio Valderrey. Ambos somos andinos y muy amigos. Yo he sido editor de algunos de sus libros. Nos alegramos porque teníamos mucho tiempo sin vernos. El poeta me invitó unas cervezas al final del día en un bar cercano al hotelito donde se estaba hospedando. Quería regalarme su Poesía reunida, titulada “Papeles de ocio”, publicada recientemente por El perro y la rana.

Cuando pude escaparme de la feria me fui al bar. Allí efectivamente estaba el poeta esperándome. Me dio el libro prometido y me leyó un poema bellísimo que me había dedicado. Se llamaba Las Labranzas, como la aldea, allá en los Andes, donde nació Valderrey con otros nombres.

El poeta estaba nostálgico. Había hecho su vida en las ciudades, lejos del páramo donde había nacido y añoraba el frío y la neblina, los helechos y las moras, los ríos y las montañas. Llevábamos varias cervezas cuando me llamaron para decirme que el bus que nos llevaba al hotel estaba por salir, así que me despedí del poeta, quien se quedó un rato más para tomarse otras birras.

Cuando cerraron el bar el poeta salió conmovido pero se le había olvidado dónde quedaba su hotel. Fue a una plaza cercana y contrató un mototaxista. Le dio la dirección y le preguntó:
— ¿Usted de dónde es?

— Yo soy de Mérida.

— ¿Verdad?

— Sí, pero tengo en Caracas ya más de veinte años, así que prácticamente soy caraqueño, vale.

El mototaxista vio que el hotel que pedía el poeta estaba ahí mismo, casi en frente de ellos, pero no dijo nada. Prendió la moto y tomó una avenida hacia el centro, luego la autopista del oeste, y finalmente regresaron al este. El poeta, medio dormido, no se daba cuenta de nada. Después de varias horas, el mototaxista se detuvo en el mismo lugar donde se había montado el poeta, lo despertó y le señaló el hotel. El poeta pagó y se fue a dormir.

Al otro día, no muy temprano, lo llamé.

— Poeta, ¿cómo terminó la noche?

— Pues, cuando salí del bar tomé un mototaxi para ir al hotel, y soñé que había regresado a Las Labranzas. Vi los labradores, la escuelita donde estudié primer grado y hasta una niñita que me gustaba y que no he vuelto a ver.

— Qué bien.

— Lo único malo es que ese viaje me salió más caro que los tragos.

PÉREZ PRADO

Al final del primer reinado de Carlos Andrés Pérez vino a Venezuela Toña La Negra, Dámaso Pérez Prado, Lucho Gatica y otros artistas latinoamericanos. Carlos Andrés le dio condecoraciones a toda la farándula venezolana.

Enver Cordido no recibió la condecoración pero fue a la fiesta en La Casona. Allí había de todo, whisky, champaña, caviar, y el Gocho saludaba a todo el mundo. Enver estaba con un grupito de cineastas, Mauricio Wallerstein, el Toco Gómez, Virgilio Galindo y Alfredo Lugo. Conversaban y tomaban trago. Cerca de allí había otro grupo donde estaban Toña La Negra, Lucho Gatica y Pérez Prado. Enver y el Toco abandonaron a los amigos y se metieron en el grupo de los músicos.

El Toco se va pero Enver se queda hablando con Pérez Prado y con Lucho Gatica. Les dice que desde muchacho él es un admirador de los dos, y que además tiene todos los discos en su casa. La fiesta fue declinando y los taxis para los invitados habían salido a llevar a los primeros pero tardaban en regresar para recoger a los demás. Enver, que tenía carro, se ofreció llevar a Lucho y a Pérez Prado al Hotel Tamanaco. Por el camino, Enver les dijo que si ellos querían podían tomarse un traguito más en su apartamento y allí les mostraba los discos y escuchaban un poquito de música. Los músicos aceptaron encantados y to-

dos se fueron para el apartamento de Cordido, que en esos días estaba casado con la actriz María Gracia Bianchi.

Al llegar al apartamento, destaparon una botella y pusieron música de Pérez Prado, al comienzo con bajo volumen pero a medida que avanzaban los tragos subía el volumen del mambo. Al rato, Lucho empezó a ponerse un poco triste, confesó que estaba quedando sin voz, y entonces Pérez Prado lo tranquilizó:

— No te preocupes, tú, Lucho, yo te pongo unos ejercicios y vas a cantar igualito o mejor que antes, la verdá.

Entonces propusieron escuchar a Lucho. Enver, efectivamente, tenía discos de los dos y ahora fue la voz de Lucho la que dio la hora en aquella madrugada de Caracas.

En eso va amaneciendo. Ya algunos vecinos habían llamado por teléfono, molestos. Lucho lloraba escuchándose a sí mismo. Echaba el cuento de cada canción, dónde la había grabado, con quién, sin parar de llorar. Finalmente, como a las diez de la mañana, Lucho estaba cansado y quería irse al hotel. Apagaron la música y salieron.

Los vecinos que, en contra de su voluntad, habían escuchado música a todo volumen desde la madrugada, estaban furiosos y les gritaban improperios.

— ¡Desconsiderados, sinvergüenzas, borrachos!. Pérez Prado, que andaba vestido con un frac plateado, con el sol aquel traje brillaba como una

pantalla y alumbraba todo el edificio. Preguntó qué sucedía, y Enver le dijo que no se preocupara. Pérez Prado entonces adelantó una teoría sobre la posible razón que tendrían los vecinos para estar molestos.

— Óyeme, tú, no será el traje el que ha molestado a los vecinos tuyos. ¿Qué tú crees?, ¿de verdá?.

LAS BODAS DEL CANAÁN

Pocos recuerdan que el primer milagro de Jesús fue convertir agua en vino. Fue su graduación. Juan, El Evangelista, lo cuenta de la siguiente manera: Se celebraban unas bodas en Canaán de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús. También fueron invitados a la boda Jesús y sus discípulos. Hacia el final del convite, se quedaron sin vino. María se le acercó a Jesús para decirle lo que ocurría.

— Todavía no ha llegado mi hora, se disculpó Jesús. María, no haciendo caso de la respuesta de su hijo, indicó a los que servían las mesas:

— Haced todo cuanto Jesús os diga.

Había en la puerta seis tinajas destinadas a la purificación o lavatorio que hacían los judíos cuando llegaban a casa. Jesús, obedeciendo a su madre, ordenó a los sirvientes:

— Llenad de agua las tinajas.

Cuando estuvieron llenas hasta arriba, Jesús les dijo:

— Ahora sacad y llevad a los invitados.

El director del convite se quedó sorprendido de la calidad de aquel vino y llamó al esposo para decirle:

— Bienaventurado tú que has dejado el mejor vino para el final.

FRASES DE ALCOHÓLICOS

Una mujer me obligó a beber,
y nunca tuve la decencia de agradecersele.

Cuando leí los problemas que causaba el beber,
dejé de leer.

Si el licor interfiere con tus estudios, no lo
dudes.

Abandona los estudios.

Felices los borrachos
porque verán a Dios dos veces.

Cuando Conduzcas
No Bebas
...Podrías derramar el trago.

PENSUM DE ESTUDIO

Me envía Gustavo Colina un extraño pensum de estudios sobre una nueva Licenciatura en Bebidas Alcohólicas. Les voy a dar una breve noción por si alguno de ustedes está interesado en tan importante carrera.

Todo pensum que se precie tiene un propedéutico, materias obligatorias y materias electivas.

Para el Propedéutico el Consejo de Ebriedad considera obligatorias las siguientes materias: «Orígenes de la pea», «Historia de la Curda», «Introducción al Ratón» y la «Oración antiabstemia».

Entre las materias obligatorias se encuentran «Fondo Blanco», «Ratón I», «Costos de Peas», «Bebidas adulteradas», «Despecho I», «Técnicas para el Vomitado», «Pealogía I», «Barra Fija», «Cachicamo y otras bebidas clandestinas», «Peas lloronas» y una materia aladaña que sólo se ve como Laboratorio, «Cuaimas I».

Entre las materias electivas tenemos «Cómo destapar botellas con los dientes», «Dominó con insultos» y «Cómo hacer el 4 en números romanos». Lo bueno de este pensum es que es muy libre, hay materias que no necesitan prelación. Por ejemplo, usted puede ver primero «Vómito avanzado» y después ver «Vómito I».

Aunque en esas condiciones por lo general no se ve nada.

SÍNTOMAS TÍPICOS CAUSADOS POR EL ALCOHOL

Síntoma: Pies fríos y húmedos.

Causa: El vaso está siendo agarrado en ángulo incorrecto.

Solución: Gire el vaso hasta que la parte abierta esté hacia arriba.

Síntoma: Pies calientes y mojados

Causa: Usted se ha orinado

Solución: Vaya al baño más próximo.

Síntoma: La pared de enfrente está llena de focos

Causa: Se ha caído de espaldas

Solución: Posicione su cuerpo a 90° del suelo

Síntoma: El suelo se está moviendo

Causa: Está siendo cargado o arrastrado

Solución: Pregunte a dónde lo llevan.

Síntoma: Reflejo múltiple de caras en el agua del inodoro

Causa: Está intentando vomitar

Solución: Termine su tarea.

Síntoma: La discoteca se mueve mucho y la música es muy repetitiva

Causa: Está en una ambulancia

Solución: ¿Sabe rezar?.

Síntoma: Un enorme foco de la discoteca le ciega la vista

Causa: Está usted durmiendo en la calle y ese foco es el Sol

Solución: Vaya a dormir a su casa.

DICCIONARIO ETÍLICO DE VENEZUELA

Hace tiempo algunos poetas empezaron un diccionario muy particular, un diccionario que vino a llenar un vacío lingüístico dejado por el vino, un extraño y necesario Diccionario Etílico, del cual estamos todos embebidos.

Uno de estos adelantados fue el poeta Acevedo, quien me dio apenas una muestra de tan maravilloso aporte. “Una probaíta”, me dijo.

A

Alcoholicán Ovalles

Ángel Eduardo Acebares

Ángel Eduardo Acebeodo

B

Bar—roeta Pepe. (aquí no había qué hacer nada)

C

Caupolicán Obares.

El gran filósofo Barménides, que parece que se echaba muchos palos en la ciudad de Elea, también había hecho ya algunos adelantos. Veamos.

Vinoculares: Vinos que son sólo para ver, porque son muy caros.

Barbarización: Llenar de bares por todas partes.

Alcohólico nefrítico: Borracho al que le duele pagar.

Barra Fija: Deporte favorito de los borrachos.

Ronmántico: Adivino que sabe cuando un bebedor de ron se va a poner cariñoso.

Lum—bares: Vértebras L1, L2, L3, L4, de los borrachos que, extrañamente, coincide con las canciones favoritas en las rockolas.

Barado: Persona que se ha quedado sin moverse, siempre por las mismas razones, en un bar.

Barrabasada: Algo así como que “la cagó en un bar”.

Melalcohólico: Borracho que se pone triste por cualquier pendejada.

Barósfera: Atmósfera perfecta.

Meter texto: Hay una confusión no aclarada en este caso por la Academia, porque podría tener dos acepciones. Una: introducir un texto en una computadora. Y dos: lo que ustedes están pensando.

Meófito: Borracho nuevo que no sabe dónde ir a mear.

La tuya: Última expresión dicha en un bar antes de ser destruido.

Miarte: Arte muy egoísta, que salpica.

Chicha: Licor prehispánico que, bebido en grandes cantidades puede conducir a la nada, y a veces a gran velocidad.

Embriagado: Estado de felicidad o de tristeza, ayudado por algún licor.

Enviagrado: Dícese de algunas personas que ganan indulgencia con escapulario ajeno.

Vomitar: Verbo irregular y desagradable. Consiste en algunos casos en despilfarrar una quincena.

Hermes Vargas, quien es un gran “vicionario”, ha augurado un gran éxito a este diccionario que, sin duda, será enriquecido abundantemente por las nuevas generaciones.

MANUAL DEL BOLERO

*“El bolero es inmortal porque ni
Luis Miguel lo pudo destruir”.*

Héctor Rago

Mucho se ha escrito sobre el bolero. Según algunos historiadores de dudosa reputación, el bolero llegó a Venezuela por el Cabo de la Vela, como todas las banderas. En esa época, hace ya mucho tiempo, un poeta llamado Guillermo de León Calles tenía un incompleto programa de radio que se llamaba “Un bolero y parte de otro”. Guillermo es el autor de “El manual del burrero”, una guía muy útil sobre todo para jóvenes que necesitan aferrarse a algo en la vida, y el poeta cuenta que el bolero se le apareció como una epifanía, y desde ese momento es su más fiel y ferviente devoto. La revelación, vamos a llamarla así, la tuvo un día que su madre (la madre del poeta, no la madre del bolero) lo llevó al médico pues el chico presentaba molestias en la espalda. El galeno le diagnosticó algunos problemas en las vértebras L1, L2, L3, L4, que extraña o coincidentalmente se llaman Lum—Bares.

Al salir de la consulta, la madre sufría preocupada pero el poeta se moría de felicidad. Se fue corriendo a la escuela a darle la buena nueva a sus compañeritos de clase. El doctor le había descubierto una rockola en la columna vertebral. Desde aquel momento son muchos los beneficios

que ha traído este insólito remedio, verdadera panacea para todos los dolores. De allí que se haya vuelto común encontrar en muchos baños de bares un letrero que diga: “Gracias, bolero, por los favores recibidos”.

Uno de los primeros beneficiados, y en verdad casi hermano gemelo del bolero, es el despechado. El despechado es un enfermo para la sociedad. La oveja negra del amor. El “maletiado” le dicen. Los despechados se emborrachan, tratando de ahogar las penas, pero estos sentimientos multibióticos son tan fuertes que no les pasa nada, se bañan cómodos en el alcohol. Estos profesionales del dolor, (los despechados, no las penas), que muy bien se merecen la Condecoración Julio Jaramillo en su Primera Clase, en realidad no tienen la culpa porque el despecho no es responsable de sus actos. Cada despecho es un crimen, y en todo crimen lo primero que se nos dice es: “Debe permanecer en silencio, todo lo que diga será utilizado en su contra”. Y ahí surge el bolero. El bolero es entonces la confesión cantada, es decir, una confesión doble, por aquello de que “quien canta se despecha dos veces”. Sólo que, paradójicamente, tal confesión se convierte en una liberación. En una catarsis, individual y colectiva, pues como dice el proverbio: “Sólo es desdichado aquel que no sabe cantar”, de allí que cada despecho tenga su canción y basta estar despechado para creer que todas las canciones fueron escritas para nosotros.

Empecemos con este bolero, donde el despechado cree que sin la amada no podría vivir.

“Sin ti no podré vivir jamás
y pensar que nunca más
estarás junto a mí”.

O este bolero de los hermanos Expósito, que es una petición a la amada para que se marche, que escuchamos muchas veces en la voz de Bola de Nieve o Altemar Dutra:

“Tú, que llenas todo de alegría y juventud
y ves fantasmas en las noches de trasluz
y oyes el canto perfumado del azul, vete de mí”.

El amor es la más carnal de las ilusiones, decía Pessoa, pero es también el eterno mal de aquellos que andan por ahí buscando su otra alma, y se quedan sin nada, porque, como dicen los Evangelios, “quien busca su alma suele perderla”. Así dice María Grever:

“Si yo encontrara un alma como la mía
cuántas cosas secretas le contaría
Un alma que al mirarme sin decir nada
me lo dijese todo con su mirada”.

Borges dice que quizá todos seamos parte de un gran libro que es el mundo. Versículos o palabras de un gran libro mágico que es el universo. Por

algo a Felipe Pirela le gustaba tanto este bolero de Mario de Jesús, que dice:

“Ese bolero es mío
porque su letra soy yo.
Es tragedia que yo vivo
y que sólo sabe Dios”.

Igualmente, urólogos han detectado los efectos paliativos del bolero, de allí que pongan a sus pacientes lo que ellos han considerado como “boleros diuréticos”, veamos estos dos:

“Si me comprendieras,
qué feliz mearías”

O este otro:

“Ya son las doce y no llega,
meará lo mismo que ayer”.

La Ortografía también da gran importancia al bolero porque lo ha visto como un método didáctico para aprender los signos de puntuación:

“Usted no se ha enamorado, ni de broma,
usted no llega ni a pecado, punto y coma”.

Aunque no ha faltado el aguafiestas que considera el bolero como el Padre del Masoquismo por canciones como esta:

“Miénteme más, que me hace tu maldad feliz”

Hasta nuestra sombra está enamorada del bolero,
como lo confirma el siguiente:

“No existe un momento del día
en que pueda apartarme de ti”

Y algunas veces no es más que la confesión de
la soledad, el tener que recurrir a lo que se tiene
más a la mano, como este bolero que canta Julio
Jaramillo:

“Yo solito
me tengo que acabar,
pobre de mí”.

Eso sin contar los boleros escatológicos, como
este de Laura Flores, que dice:

“Nun cagas llorar a una mujer”

Y en estos días el poeta Alex Fleites me recuerda un
bar en La Habana, donde se canta aquel bolero de
Francisco López Vidal que dice, con ligeros cambios:

“Espérame en el suelo, corazón,
Si es que te caes primero”.

El bolero es una especie de cordón umbilical de
los latinoamericanos, pero no podemos olvidar

los boleros de otras latitudes. El poeta Guillermo Rodríguez Rivera, por ejemplo, cantaba en latín aquel bolero que dice “Nos, tam amandi sumus magis”, que significa más o menos “Nosotros, que nos queremos tanto”.

Igualmente hay boleros en griego, como el que escribió el apóstol san Pablo y que popularizó Paquita la del Barrio:

“Adefesio, mal hecho”

Aunque ustedes no lo crean, este bolero se encuentra en el Nuevo Testamento con el nombre de “Epístula ad Ephesios”, donde san Pablo les recuerda a los efesios lo mal que lo trataron cuando él vivió en Éfeso, incluyendo el día que estuvo a punto de ser linchado por una multitud de artesanos.

La Bolerología es una ciencia muy complicada. En realidad, es un trabajo incomprendido. Usted no puede llegar, por ejemplo, con unas facturas de bares, y explicar que sacrificadamente ha estado de noche en noche, y de bar en bar, con todos los riesgos que eso significa, haciendo lo que en otras ciencias se conoce como “trabajo de campo”. Es que ni nuestras esposas nos creerían si llegamos en la madrugada, o no llegamos, y explicamos al otro día que andábamos en busca de esos animales a punto de extinción llamados “rockolas”. Deficiencias del método científico. (Y del matrimonio).

El bolero es una especie de Estética de la Resistencia con sus dos terribles armas: la música y la poesía, que en el fondo es una misma cosa porque la música proviene de las musas y la poesía también. La música, decía Beethoven, es una revelación más alta que la ciencia y la filosofía. A través de los siglos, la música se ha empleado para calmar angustias, mitigar dolores o devolver la razón a mentes desquiciadas. Los etruscos, por ejemplo, fueron los primeros en advertir los efectos paliativos de la música. Azotaban a sus esclavos, pero al son de dulces flautas, para mitigarles el dolor.

Otro de los grandes beneficios del bolero es que nos ha permitido vivir permanentemente en poesía. Antologías de poesía del Continente Americano recogen hoy, sin pena alguna y con mucha gloria, poemas de Agustín Lara y Rafael Hernández, entre otros. Parte de la mejor poesía latinoamericana está en las rockolas. Generaciones enteras han cantado las letras de los boleros, sin importarles el autor, hasta sin saber leer. Sólo han necesitado sentir. De allí que podamos afirmar, entonces, que la fuerza del bolero es indestructible porque la poesía y la música, la felicidad y el dolor, también lo son.

El bolero es un movimiento de liberación. Es una rebelión en cadena. Aunque algunos siquiátras lo consideren como la cuna de todas las patologías, el bolero es, en realidad, el gran escape. Pero no hay que olvidar que, aunque el bolero se trate de una catarsis colectiva, cada quien tiene que librar su propia batalla.

Oremos entonces con el poema de Julito Jiménez:

ORACIÓN PARA UN BOLERISTA

Felipe, el de la bienamada voz,
héroe del bolero;
una malquerencia condujo tus pasos
a cerrar para siempre tus pupilas
en una calle de Borinquen,
y aunque tu casa natal en Valle Frío
haya sido borrada de la faz de Maracaibo
evocamos tu cálido nombre desde un enlosao.
Sabemos que desde el cielo de los bardos nos vigilas
y clamas por la supervivencia de las rocolas,
allá seguramente
bailas con Toña la Negra en un ladrillito
un mosaico de Billo y libas con Daniel Santos
por el retorno de Linda.
Con el piano de los astros, cada luz una tecla
se conmemora tu día
Sombras nada más son los despechados que te ignoran.
Que las tablas de salvación de los bares
nos sean cómplices,
y nuestras palabras
siempre dignas de crédito,
para seguir ardorosos como el bolero.
Eso deseamos por la gloria de tu nombre.
Que así Sea.

CONTENIDO

APOLLINAIRE	7
OSCAR WILDE	8
HUMPREY BOGART	9
CHURCHILL	10
ANTONIO MORA	11
ORLANDO PICHARDO Y MARIO ABREU	17
GUILLERMO DE LEÓN CALLES	19
WILLIAM OSUNA	20
RAMÓN RIVAS	21
ALEJANDRO COLINA	22
VICENTE GERBASI	23
PESSOA	24
ZAPATA	25
LAURA	26
JULIO VALDERREY	27
CÉSAR DÁVILA ANDRADE	28
CIRO MENDÍA	29
MARCELINO MADRID	30
CARLOS CONTRAMAESTRE	31
EL GRUPO «VIERNES»	32
EL CATIRE	33
TARIFE Y ARNULFO	35
POETA DE LA ROCKOLA	37
CARMEN DELIA BENCOMO	38
FELIPE	39
HUMBERTO FEBRES	40
ANDRÉS ELOY	41
LE COMTE BLEU	42
VALLE-INCLÁN	43
LOS HIELITOS TRISTES DE ALFONSO MONTILLA	44
LIRA SOSA	45
ANDRÉS MEJÍAS	46
ANDRÉS BELLO	47

CAPERUCITA ROJA	48
DE CUANDO LA SALIDA DEL SOL	
DEPENDÍA DE LOS POETAS	49
JUAN RULFO	50
ALFREDO SADEL	51
OMAR GRANADOS	52
EL CENTENARIO DE VALLEJO	53
ELECCIONES EN LA REPÚBLICA DEL ESTE	54
SANTOS Y EL PADRE VILLA	55
EL POETA MONTES DE OCA	56
MIREYA KRISPIN	57
EVER DELGADO	59
ÚLTIMA CENA	61
UNA ACEÍTUNITA	63
RUBÉN MONASTERIOS	64
MARIO CALDERÓN	65
LA DEFINITIVA INDEPENDENCIA	
DE SAN JUAN DE LOS MORROS	66
¿Y NO PIENSAN INSISTIR?	67
LENIN EN FINLANDIA	68
EL POETA FRANCISCO ARÉVALO	69
EL PICNIC DE LE COMTe	70
JULIO JARAMILLO	71
LICORES	72
FUNDACIONES	73
SIMPLATÍA	75
DE LOS DAÑOS QUE HACE EL AGUARDIENTE	
ANTIOQUEÑO ADULTERADO	77
EL ÚLTIMO POEMA DE ORLANDO ARAUJO	81
VALDERREY	84
PÉREZ PRADO	86
LAS BODAS DEL CANAÁN	89
FRASES DE ALCOHÓLICOS	90
PENSUM DE ESTUDIO	91
SÍNTOMAS TÍPICOS CAUSADOS POR EL ALCOHOL	92

DICCIONARIO ETÍLICO DE VENEZUELA	93
MANUAL DEL BOLERO	96

Este libro fue diseñado y exportado
para su publicación en AMAZON por
SULTANA DEL LAGO EDITORES,
en los talleres gráficos del poeta Luis
Perozo Cervantes, en Maracaibo, esta-
do federal del Zulia, en el continente
americano, del planeta tierra; a los 4
días del mes de septiembre de 2025, en
al víspera del 11vo Festival de Poesía de
Maracaibo

sultanadellago.com